

Arcos llevó para ella, en nombre de su abuelo, una vajilla de oro para el uso de su mesa, y para su augusta madre un collar de gruesas perlas orientales y una caja con diamantes sueltos. Hizo este señor acuñar á su costa monedas de oro y plata, en memoria de este feliz suceso, con esta inscripción: *Ob Primam Regiam Prolem=Gratulatio Missilia Populo Napolitano 1772*. El día de su entrada las arrojó al pueblo mezcladas con dinero que repartía con generosidad siempre que salía de casa, de modo que el día que salimos de Nápoles, que fué el 16 de Octubre, le vino acompañando una multitud de pueblo casi hasta la primera posta. S. M. confirió al Duque el grado de Capitán general á su llegada al Escorial.

Expelidos los Jesuítas de España, Francia, Portugal y de las demás Cortes Borbónicas, los muchos apasionados que habían dejado conservaban siempre las esperanzas de su restablecimiento, y obrando conformemente á ellas, sostenían sus opiniones. Ellos, y no menos que ellos los que las contradecían, turbaban la tranquilidad, sin aclarar las opiniones, por medio de sus continuas disputas, en que desfogaban su encono. Deseoso S. M. de terminarlas, y valiéndose de este nuevo medio para la extinción de toda la Sociedad, sus enemigos, que habían logrado expelirlos de España, hicieron ver al Rey

que el carácter personal del Papa, la inclinación y respeto que profesaba á su Real persona y las obligaciones que le tenía, ofrecían una ocasión, la más oportuna que podía presentarse para conseguir su intento.

La muerte de Monseñor Azpuru, Ministro del Rey en Roma, facilitó aún más la ejecución de este proyecto. Nombró, pues, S. M. para efectuarlo al Mariscal de Campo Conde de la Baña, hombre de talento, probidad é instrucción. Era hermano del Príncipe de Maserano, Capitán de la compañía italiana de guardias de Corps, que se hallaba entonces de Embajador en la Corte de Londres.

Partió el Conde de esta Corte para la de Roma; pero á su paso por la de Turín murió de un accidente de apoplejía.

Nada perdió en ello, no obstante sus buenas calidades, la comisión á que estaba destinado. Requería ésta una cierta clase de instrucción peculiar y una maña y una destreza particular, que difícilmente conocen los militares que no se han versado en los tribunales.

Mejoróse, pues, la elección, recayendo por muerte de la Baña en D. Josef Moñino, Fiscal del Consejo de Castilla, cuyo talento, dulzura y elocuencia atractiva le habían distinguido siempre entre los abogados y los consejeros, que le llamaban *el melífluo Bernardo*.

Pasó, pues, á Roma, revestido del carácter de Ministro plenipotenciario, y, aunque al principio halló muchos obstáculos que vencer, y yo lo ví en Roma muy disgustado, todo lo superó su maña, espera y observación continua, y, haciéndose dueño del corazón del Papa, consiguió al fin de él la Bula de extinción total de la Compañía de Jesús, publicada con fecha de 21 de Julio de 1773.

Conociendo Clemente XIV la mucha influencia de los Jesuítas, no se determinó á tomar esta providencia sin asegurarse antes por experiencias repetidas de que su cumplimiento no alteraría la tranquilidad pública. A este fin, empezó por hacer varios procedimientos contra algunos particulares, haciéndolos arrestar, y aun conducir presos durante el día, y mandando hacer varias visitas ruidosas y de aparato á los Colegios, todo con ánimo de asegurarse del espíritu del público, y sólo expidió la Bula cuando vió que todas estas medidas anticipadas no alteraban la tranquilidad pública. Esta providencia tan seria é importante se tomó sin que precediese á ella ninguna consulta ni formalidad (á lo menos pública), y los Jesuítas, que habían sido siempre los defensores de la suprema autoridad, y aun de la infalibilidad del Papa, fueron al fin la víctima de uno de los mayores actos de aquélla.

Todos los Príncipes de la Europa se conformaron uniformemente en su extinción en que nada perdían en el momento sus intereses pecuniarios, bien que no me parece habían ganado nada en ella los políticos. Yo supe esta noticia por el Rey de Prusia, Federico, que me la dió un día estando en sus ejercicios militares en Nais, añadiéndome *que ahora se restituirían al Papa Aviñón y Benevento.*

Tuvo el Rey Carlos en estas circunstancias el gran pesar de perder al Infante, de quien hemos visto había sido padrino el Pontífice. Así éste como todos los demás golpes los más sensibles, los llevaba con una resignación cristiana y edificante, y su respuesta regular cuando le daban alguna noticia de esta especie era levantar los ojos al cielo, bañados en lágrimas, diciendo: *Dios me lo ha dado, Dios me lo quita; hágase su santísima voluntad.* Después continuaba su distribución ordinaria sin alterarla en nada, procurando (bien que sin conseguirlo) ocultar su justo dolor y hacerse superior á él.

El Emperador de Marruecos, con quien S. M. había concluído la paz, creyó verse obligado por su religión á interrumpirla. Tomó para ello el pretexto de no poder, como musulmán, permitir en sus dominios ningún establecimiento católico, y que así le era preciso atacar los presidios que nosotros teníamos en ellos. Añadía que

L. H. Rosen

como éste no era más que un cumplimiento de sus preceptos religiosos, no había razón ninguna para que no estuviésemos en paz por mar, aunque tuviésemos la guerra por tierra. Esta idea singular y nueva se parece á la de los niños que, creyéndose más maliciosos que los que no lo son, se figuran poderlos engañar. El Emperador, niño en política, pero con algunos principios de ella y de comercio, quería no interrumpir el suyo, y á este fin usó de la estratagemata pueril que se ha dicho arriba, y que se trató como tal.

Acometió, pues, por tierra con un ejército formidable los presidios de Melilla y el Peñón de Vélez; pero defendidos valerosamente, el primero por D. Juan Sherlok y el segundo por Don Florencio Moreno, tuvieron los moros que levantar el sitio con mucha pérdida al cabo de cuatro meses, enviando al Rey Embajadores para renovar el tratado de paz, para el cual había ido antes á Marruecos, en calidad de tal, el Teniente general de marina D. Jorge Juan, de quien queda ya hecha mención, haciendo á su conocido mérito la justicia que merece.

Muchos creen que esta irregular conducta del Emperador de Marruecos fué sugerida por la Corte de Londres para ocupar la España, á fin de impedirle pudiese dar socorro á sus colonias de América, que empezaban ya á sublevarse. A

la verdad que la conducta que ha tenido posteriormente la Inglaterra en otras ocasiones parece más propia para confirmar que para desvanecer estas sospechas, é indican han adoptado como un principio de su política el inquietarnos y ocuparnos en Africa siempre que necesiten distraernos de otros objetos.

Deseoso el Rey de extender nuestro comercio en Levante, y de facilitar á todos sus súbditos el de nuestras Américas, quitando á Cataluña y á las demás provincias españolas que baña el Mediterráneo los obstáculos que los corsarios barbarescos ponían á su comercio, y, por consiguiente, al fomento de su industria, había pensado, como hemos visto arriba, sujetar á los argelinos, que son los más poderosos, por la fuerza de las armas, y precisarlos á pedir la paz. A este fin, mandó S. M. armar en Cartagena una escuadra de ocho navíos, ocho fragatas, 24 javeques y algunas galeotas y bombardas, con los buques mercantes necesarios para transportar 20.000 hombres de desembarco, con todo lo necesario para él, y que consta por menor en la nota 10.^a (1).

Mandaba la escuadra D. Pedro de Castejón, después Marqués González de Castejón y Mi-

(1) Estado de la expedición de Argel.

nistro de la marina, y las tropas de desembarco el Teniente general Conde de O-Reilly.

Salió la expedición de Cartagena, con viento favorable, el 23 de Junio de 75; pero habiendo mudado y arreciado el tiempo, tuvo el convoy que tomar puerto en el de la Subida, que está al Oeste de Cartagena, quedando cruzando á la capa los navíos de guerra, hasta el 26 que seguimos la marcha. No debo olvidar aquí que, siendo el viento bastante recio, y viniendo en popa sobre nosotros, de vuelta encontrada, el navío de guerra *San Francisco de Paula*, pasó tan inmediato, que, á no haber obedecido el *San José*, en que yo iba, á la guiñada del timón (que mandó en el preciso momento su capitán Don Juan Barona, que salió apresuradamente de la cámara al alcázar), con la prontitud que pudiera hacerlo el mejor bote, se hubieran hecho pedazos ambos navíos.

Al cabo de veinticuatro horas de crucero, se incorporaron á la escuadra dos fragatas del Gran Duque de Toscana, mandadas por el jefe de escuadra Mr. Acton. Este distinguido sujeto se halla en el día de Ministro á la cabeza de la marina de Nápoles, la cual va poniendo en un pie sobresaliente, habiéndose adquirido por este medio el concepto y estimación de sus Soberanos y del público.

El día 1.º de Julio dió fondo la vanguardia de

la escuadra en la bahía de Argel, habiéndose retardado algo la retaguardia por esperar á los que se habían refugiado al puerto de la Subida. Hallamos la bahía coronada de campamentos, desde los cuales hicieron los moros al anochecer una salva de fuego graneado que duró mucho tiempo, y que cubría sin interrupción las cinco leguas que tiene la bahía desde Argel al cabo de Matafui. Quisieron sin duda hacernos ver con esto el gran número de gentes que estaban prontas para recibirnos.

Había sido en España un misterio impenetrable el objeto de esta expedición, á lo que creían el Marqués de Grimaldi y Conde de O-Reilly, principales directores de ella, y (lo que es aún más singular y aún algo ridículo) también el confesor del Rey, que estaba muy interesado en ella, porque un fraile que había estado en Argel fué quien dió el proyecto, por ser expedición contra los infieles. Con todo, el secreto había pasado de unos á otros, aunque siempre con el velo del misterio, y lo peor fué que lo penetraron en tiempo las Cortes extranjeras, interesadas en mantener nuestra enemistad con los moros, y en sostenerlos á ellos, para tener menos concurrentes en el comercio de Levante y Africa. Uno de los cautivos que se hallaba en Argel al tiempo de nuestro desembarco, y cuya declaración se halla entre mis papeles á conti-

nuación de mi diario de la expedición de Argel, me dijo en Madrid, donde le ví después, que á principios de Mayo tenían ya en la Secretaría del *Cocha Cabalo* (Ministro del Interior), en que él se hallaba empleado, una noticia exacta de nuestros proyectos y un estado de la escuadra y tropas de desembarco que les habían enviado desde Marsella nuestros amigos y aliados los franceses. A más de esto, había en España un judío que daba puntuales avisos de todo por Marruecos, desde donde los pasaban á Argel.

El General O-Reilly, que contaba con la sorpresa de los moros, fué el que verdaderamente experimentó los efectos de ella cuando vió frustradas sus esperanzas, hallándose rodeado de los mismos enemigos que creía sorprender. Estando la tarde de nuestra entrada observando con un antejo desde el balcón de su navío *El Velasco* los campamentos y maniobras de caballería de los moros, me dijo, no muy contento, después de conocer las buenas posiciones que habían tomado: *Ma foi, mon ami, le vin est versé, il faut le boire*; proposición que, á la verdad, no indicaba grandes esperanzas del suceso, ni tener premeditado nada para el caso de no lograr la sorpresa, fiándose sólo ciegamente en las esperanzas de ella una expedición de esta clase é importancia.

Confirmaron esta verdad las primeras provi-

dencias, pues en ellas se vió una incertidumbre y falta de combinación anterior. Viendo tan bien guarnecida la bahía, pensó el General hacer el desembarco en la de la Mala Mujer, que está á espaldas del monte de Argel, distante de esta plaza tres leguas, y sin otra comunicación con ella que un camino estrecho por una garganta dominada por todas partes, de modo que pocos hombres podían defenderla contra muchos. Diéronse las órdenes correspondientes; pero el General y nosotros tuvimos la fortuna de que el tiempo impidiese su proyecto, cuyas resultas hubieran sido aún peores que las que experimentamos en el desembarco efectuado después en la bahía.

Verificóse al fin éste el día 8 de Julio, pues aunque en el antecedente se había estado pronto para hacerle, no llegó á efectuarse.

Es difícil ver un espectáculo más hermoso que el que ofreció esta operación militar. Después de haber pasado la noche antecedente (que fué una de las más hermosas y serenas que pueden verse) esperando la aurora del día siguiente, luego que ésta empezó á aclarar el horizonte, rompieron su fuego los buques de guerra españoles y toscanos, que, cubriendo los flancos del desembarco, debían batir la playa destinada á él, habiendo el día antes desmontado las baterías que tenían en él. A esta señal empezaron á

marchar con la mayor celeridad é igualdad las siete columnas de barcas que llevaban la tropa de desembarco, y á cuya cabeza iba en cada una una barca cañonera. Logróse el desembarco á legua y media de Argel, entre esta plaza y el río Larache, al otro lado del cual había un fuerte campamento del Bey de Constantina. La playa es sumamente arenisca, de modo que no bastaban diez hombres para mover un cañón de á cuatro por lo que se hundía el terreno. Estaba éste dominado á poco más de mil toesas de distancia por la tordillera de colinas que rodean aquella parte de la bahía, y que están todas cubiertas y cortadas con pitas, árboles y caserías, que son otras tantas fortificaciones para defender á poca costa y con seguridad su acceso. Luego que formamos en batalla, vinieron á atacarnos varias partidas sueltas de moros, que se acercaban más que á tiro de pistola, y, plantando sus banderolas en los varios montones de arena de que abunda la playa, nos hacían detrás de ellos un vivo fuego, matándonos bastante gente, sobre todo de las partidas de granaderos y tropas ligeras, que se adelantaban para desalojarlos, y apenas caía uno procuraban venir á cortarle la cabeza, porque el Bey había ofrecido un doblón de oro de recompensa por cada una. Tuve el pesar de ver que mi amigo D. Josef de Landa, primer teniente de granade-

ros de guardias españolas, que me había servido de mentor en mi primera salida al ejército, fué uno de los que tuvieron esta desgraciada suerte. También murió á pocos minutos después del desembarco el Mariscal de Campo Marqués de la Romana, que, en calidad de tal, mandaba la derecha de la línea, en que se hallaban las guardias españolas y mi regimiento del Rey, y con quien, como General de la derecha, en que yo estaba, había pasado la noche en la barca, y pusimos juntos el pié en tierra.

Por una orden mal entendida, empezamos á marchar en batalla y llegamos hasta el pié de las Colinas, en que estaban las primeras pitas, que algunas de nuestras tropas ligeras pasaron. Apenas hicimos este movimiento, que vinieron á atacarnos por derecha é izquierda dos columnas numerosas de infantería y caballería, que, creyendo hubiésemos desembarcado la nuestra, hacían preceder su marcha por un gran número de camellos, á fin de alborotar y poner en desorden nuestros caballos, que se espantan de su olor y figura cuando no están muy acostumbrados á vivir entre ellos. Luego que vimos este movimiento, mandé formar un martillo con la segunda línea sobre la derecha para hacer frente á la columna que nos atacaba por aquel lado de Argel, y lo mismo hicieron á izquierda las guardias walonas para rechazar el ejército del

Bey de Constantina, que, igualmente que los moros de la derecha, querían tomarnos el flanco y cortarnos la retirada. Aunque nuestro fuego fué muy vivo en esta ocasión, más que á él debió atribuirse la derrota y huída de las dos columnas enemigas á los buques de guerra nuestros y toscanos que cubrían nuestros flancos, y que las hicieron pedazos con un vivísimo fuego de metralla. Como la abertura que ésta hace después de salir del cañón no es fácil calcularse, y mucho menos con el movimiento inquieto y continuo de los buques, algunos pedazos llegaron á nuestra línea, y, efectivamente, uno de ellos rompió una pierna, é hizo caer entre mis brazos, á D. Josef Manso, Capitán del regimiento de Murcia, hermano del Conde de Hervias, que acababa de llegar con su piquete, y á quien, teniéndole yo por el brazo, le estaba indicando el paraje del claro que debía cubrir con su tropa en el martillo. Este pobre oficial murió poco después de cortarle la pierna.

Rechazados los enemigos con una pérdida muy considerable, nos retiramos hacia la orilla, atrincherándonos en ella. Enfilaron los enemigos el atrincheramiento con un cañón, que, no obstante el fuego de nuestros navíos, habían podido conservar intacto detrás de unos grandes montones de arena, haciéndonos con él mucho daño. Para evitarle, fué preciso levantar varios

espaldales paralelos al costado del atrincheramiento, al abrigo de los cuales estábamos más á cubierto.

Reconoció el General podía ganar menos que perder si llevaba adelante su empresa, y resolvió reembarcarse y desistir de ella. Desde las cinco de la tarde empezó á ir retirando la tropa, que al amanecer del día siguiente se halló ya toda á bordo de sus buques, no habiendo dejado en tierra sino dos cañones clavados, que la luz del día no daba ya tiempo á retirar.

Los moros, que habían pasado la noche antecedente en poner varios cañones y morteros en las alturas que dominaban nuestras trincheras, á fin de arrojarnos de ella la mañana siguiente, creyeron con razón (por fortuna nuestra) que el objeto de las barcas que durante la noche iban y venían á la playa no era otro que traer más número de artillería y de tropa. A la verdad que esto era lo más regular, pues difícilmente podían persuadirse hubiésemos venido desde tan lejos con tantos pertrechos de guerra sólo á hacerles una visita de atención ó á tener un día de campo con ellos. A no ser así, como la playa es de aquellas que se van perdiendo insensiblemente en el mar, con 20 hombres de caballería que hubiesen venido por la orilla y algo dentro de él, sable en mano, por cada lado de nuestra trinchera, hubieran entrado en ella sin resistencia,

nos hubieran sorprendido, tomándonos por las espaldas, y no hubiera quedado sino la memoria de nuestra desgracia, pues no habiendo otra retirada que la del mar, pocos hubieran podido aprovecharse de ella. La mañana siguiente estuvieron mucho tiempo sin poderse persuadir á lo mismo que estaban viendo, y luego que dos de ellos se resolvieron á entrar en la trinchera, lo cual estábamos observando desde los buques, fueron increíbles las demostraciones de alegría que hicieron y el sinnúmero de moros que inundaron la playa y que empezaron inmediatamente á hacer hogueras para quemar los cuerpos muertos.

Por más que las relaciones particulares, y aun algunos impresos, han exagerado el número de éstos y de los heridos, yo puedo asegurar (habiendo sido del número de los segundos por una contusión que recibí en el pecho) que, siendo cierta la nota que yo dí de la brigada del Rey que estaba á mis órdenes, no hay razón para no creer lo fuesen igualmente todas las otras, á que se arregló el estado inserto en la *Gaceta de Madrid* de 16 de Julio, por el que constan 27 oficiales y 501 soldados muertos, y 191 oficiales, 2.088 soldados heridos, que son en todo 528 muertos y 2.279 heridos, y el total de uno y otro 2.807.

A más de esto, el cautivo de que he hablado

más arriba me dijo en Madrid que no pasaban de 500 las cabezas que habían llevado al Bey. Según su declaración, había 518 cañones en las diferentes baterías, y 121.000 hombres en los cinco campamentos que había en la bahía y ocultos en las montañas, cuyo detall consta en su declaración, que está en mis manuscritos de la expedición de Argel. Hicimos vela para Alicante con la vanguardia el día 12, y llegamos el 15; pero cuando nos esperaban victoriosos, sólo les ofrecimos un espectáculo el más triste é inesperado con el gran número de heridos que veían transportar á los hospitales. Así acabó esta desgraciada expedición militar, que no es mucho tuviese tan mal suceso dirigida sobre el proyecto y noticias de un fraile. Con todo, habiendo ido y desembarcado, no puede negarse que el haber puesto en tierra 18.000 hombres, con su artillería correspondiente; haber tenido una acción; haberse atrincherado y reembarcado con sólo el abandono de dos cañones y una pérdida de sólo quinientos y tantos hombres, es acción que exige tanta actividad como fortuna; pero si los moros hubiesen obrado en esta ocasión con la intrepidez bárbara que acostumbran, atacándonos en nuestras trincheras, y no con la prudencia y precaución que lo hicieron, fortificándose para defenderse al día siguiente, hubieran hecho de nosotros una carnicería horrible.

Los moros han ido haciendo cada día más difícil los desembarcos en aquella bahía, pues á proporción que las expediciones que se han hecho en ella, desde Luis XIV, por los franceses, suecos y nosotros, se les indicaban los parajes más á propósito para hacer un desembarco, los iban fortificando, de modo que en el día está toda la bahía cubierta de baterías, á medio tiro de cañón unas de otras, en las cuales me ha dicho uno que acaba de venir de allá, donde ha pasado cinco años, tienen 720 piezas de cañón para defenderlas.

La noticia de esta desgracia, que fué la primera que se tuvo en Madrid de la expedición, después de su salida de Cartagena, ocasionó un pesar y fermentación increíble, á que daban más motivo las noticias apócrifas y exageradas que esparcía la ignorancia y la calumnia.

El Marqués de Grimaldi y el Conde de O-Reilly, como extranjeros, tenían muchos émulos y enemigos, y el primero, que cuando el tumulto estuvo muy expuesto á perder su empleo, como Squilace, labró en esta expedición el principio de su ruina, y experimentó, á la verdad, en estas circunstancias un pago no merecido de parte de dos señores, amigos íntimos suyos, y por los cuales, igualmente que por su familia, había hecho constantemente más de lo que podían desear. El Rey, que nunca abandonaba á las per-

sonas de quien hacía concepto, tuvo por conveniente evitar viniese á Madrid en aquellas circunstancias el Conde de O-Reilly, contra quien, igualmente que contra Grimaldi y sus apasionados, se habían declarado abiertamente el Príncipe y la Princesa de Asturias, inducidos por el partido *Aragonés*, en general poco afecto á la Casa de Borbón. Era su director D. Ramón Pignatelli, hermano del Conde de Fuentes, que, valiéndose del favor que gozaba con SS. AA. su sobrino D. Juan Pignatelli, se había formado el proyecto de suceder á Grimaldi en su empleo. El Rey, á cuya penetración nada se ocultaba, aunque parecía no saberlo, usó para cortar estas intrigas de un ardid que debiera ser un principio constante en una Monarquía; pero la suerte quiere, por nuestra desgracia, que el bien se haga las más veces ó por casualidad ó por otro fin que el que debiera comunmente, y por medios inesperados. Así sucedió en esta ocasión: la libertad con que hablaban los Príncipes y los que tenían la honra de estar á su lado, exigía alguna providencia que los contuviese. Pensó el Marqués de Grimaldi, aconsejado, á lo que se dijo entonces, por su íntimo amigo el abate Pico de la Mirandola, hombre de mucho talento y mérito, que el modo de ganarse al Príncipe y de empeñarle á guardar secreto y circunspección en los asuntos políticos y gubernativos, era ha-

cer confianza de él, mandándole el Rey asistir á todos los despachos de Estado. Efectivamente, así se hizo, y lisonjeado por este medio prudente y justo el amor propio de S. A., se logró cesasen las murmuraciones públicas, que eran el principal objeto; pero no por eso se cortó la intriga oculta que había contra Grimaldi, como lo veremos en adelante.

Mandó el Rey á O-Reilly pasase á reconocer las islas Chafarinas, situadas sobre la costa de Africa, donde hay un buen puerto, para ver si convenía establecerse en ellas, y abandonar todos los presidios de la costa de Africa, excepto Ceuta. Hecho este reconocimiento, pasó al puerto de Santa María á tomar posesión de la Capitanía general de Andalucía, que el Rey le había conferido. Conservóle también la Inspección de infantería, que había desempeñado siempre con el mayor celo y acierto, y para cuya mejor instrucción acababa de establecer una Academia de oficiales en Avila, y emprendió luego un colegio en el Puerto, que hubiera sido de la mayor utilidad, á no haberlo destruído la ignorancia y la venganza personal cuando se separó de la Inspección.

La venganza y la ambición son comunes á todos los Gobiernos, y suelen ser el fundamento de la intriga de las Cortes, que es el mayor enemigo de los pueblos y el descrédito de los ino-

centes Soberanos, que son las primeras víctimas de ella. Si así sucedió en esta ocasión en una Corte sin mujeres ni amores, con un Monarca tan justo y vigilante, ¿qué no deben temer las Cortes que están faltas de todos estos preservativos?

